

rales, Roma antigua habia erigido templos, obeliscos, arcos de triunfo en todas las colinas; Roma cristiana, llevada de otro espíritu, ha colocado en los mismos lugares los monumentos de sus pacíficas conquistas. El monte Esquilino nos llamaba para enseñarnos uno de sus santuarios en donde la religion y la caridad trabajan de concierto en la rehabilitacion de la naturaleza humana. Antes de pasar á la célebre colina, visitamos el conservatorio de las "Sandalias" (Zocchetto). Tal es el nombre vulgar que valió á las huérfanas de San Clemente y San Crescencio la forma primitiva de su calzado. Sesenta personas habitan este conservatorio, que se remonta á más de un siglo. El capellan del Santo Padre es el superior; y en él se reciben huérfanas de siete á once años. Al entrar la niña debe llevar todos los objetos necesarios á una mujer. La cofradía de la Anunciacion y el cabildo del Vaticano dan dotes á aquellas que se casan ó se hacen religiosas. Las alumnas se proveen á sí mismas de vestidos con los productos de su trabajo, y se reparten entre sí los trabajos de costura, lavado, recámara, cocina, etc. Durante el dia, se admiten en los talleres niñas de fuera que asisten allí á la enseñanza de costura y obras de su sexo. Las habitaciones nos parecieron hermosas y atendidas con mucha limpieza.

Cuando esteis en el monte Esquilino, cerca de las Filipinas, os enseñarán una modesta casa llamada el "Conservatorio de la Virgen de los Dolores." Si preguntais su historia, se os dirá: Un dia, el príncipe Baldassare Odelcaschi encontró en la calle dos pequeñas niñas abandonadas que le pidieron limosna llorando. Movido de compasion á su aspecto triste, resolvió quitarlas de los peligros á que estaban expuestas aquellas desgraciadas niñas en el camino público, y las llevó á su palacio en el cual las alimentó y mandó dar educa-

cion. Más tarde, su hijo Don Carlos, que despues ha dejado la púrpura para vestir el simple hábito de jesuita, reunió estas niñas con otras pobres niñas que la caridad habia recogido y las colocó en una casa en el monte Esquilino. El dia de San Luis en 1816, instaló á la directora y á las alumnas, y pensó desde luego en hacer un establecimiento de utilidad mas general. Reflexionando por una parte, que Roma tan rica en monasterios y en conservatorios, ofrece pocos lugares en donde mediante una módica pension puedan vivir mujeres reunidas; y considerando por otra parte, que segun una regla muy prudente, los conservatorios no reciben más que niñas de ménos de doce años, quiso que su establecimiento acogiese, por la módica retribucion de cuatro ó cinco escudos por mes, á niñas de más de doce años que no fuesen ni bastante pobres para obtener un lugar de gracia en los conservatorios, ni bastante ricas para pagar una pension fuerte.

Este establecimiento llenaba, pues, una laguna, y en pocos años llegó á estar floreciente. Tiene ademas la ventaja de no conservar á personas de edad. Todas sus alumnas se casan, se hacen religiosas ó se vuelven con sus familias 1.

A dos pasos de allí, visitamos el conservatorio "Borromeo." Aquí se encuentran casi las mismas costumbres y los mismos trabajos que en los otros asilos; la dote corona aquí la educacion y asegura el porvenir de la jóven huérfana. Subiendo hasta Santa María la Mayor, saludamos á la divina Madre, bajo cuya proteccion están colocados la mayor parte de los conservatorios de las niñas, y llegamos á la calle de las Cuatro Fuentes. El refugio de las "Trinitarias" y de "Santa Eufemia" nos recordó nombres muy queridos para los

1 Morich., p. 155, 156.]

3 DE FEBRERO.

Visita al cardenal Mezzofanti.—Anécdotas.—Caridad romana con la huérfana (continuacion).—Conservatorio Pio.—Santa María del Refugio.—Dotes.—Archicofradía de la Anunciacion.—Capilla papal en la Minerva.

católicos. Leonardo Ceruso, á quien hemos visto recoger á los niños vagabundos, el cardenal Baronio, el cardenal vicario Rusticucci, fueron los fundadores y bienhechores de este conservatorio, que cuenta cerca de cuarenta alumnos. El celo, la inocencia y la caridad, habitan este asilo, cuyos reducidos departamentos deberian contener la mitad de las personas que lo habitan.

De las Cuatro Fuentes, dirigimos nuestra expedicion hácia la Propaganda, y de allí, bajando la larga calle del Babouino, llegamos al conservatorio de la "Divina Providencia." Este nuevo asilo de la debilidad y de la inocencia, se levanta en la orilla del Tíber, llamada "Ripetta." Vastas habitaciones y recursos considerables permiten recibir cien pensionistas nacidas de familias pobres, pero honradas. Durante cerca de un siglo, este establecimiento fabricó, con muy buen éxito, guantes y otras obras de pieles. Las manufacturas de Nápoles le han procurado en estos últimos tiempos una competencia "insostenible." Hoy las alumnas se entregan á todas las obras de su sexo, y el producto de su trabajo les pertenece por completo. Aquí se admiten tambien, como en las "Zoccolante," niñas pobres extrañas al establecimiento, que van durante el dia á aprender. La iglesia sirve de oratorio doméstico, adonde van las niñas á cumplir sus deberes religiosos. En los paseos las veis, segun antigua costumbre de la casa, divididas en porciones de á cinco, vestidas con un traje negro, un chal, un sombrero y un velo del mismo color; nunca salen los dias de fiesta. Una dote de cien escudos se las da, en caso de matrimonio ó de entrada al convento.

El dia comenzó por una visita al cardenal Mezzofanti. A menudo habia yo encontrado en la Propaganda al ilustre filósofo, adonde iba á pasar las tardes. Bueno, afable, modesto, se mezclaba entre los alumnos y hablaba sucesivamente el árabe, el turco, el armenio, el chino y otras veinte lenguas con una facilidad que raya en prodigio. Cuando entré en su casa, le encontré estudiando el "bajo breton," y no dudo que muy pronto excederá á los habitantes de Vannes y de Plecadeuc. Su Eminencia me confirmó dos hechos importantes. El primero la unidad fundamental de todas las lenguas. Esta unidad se reconoce sobre todo en las partes de la oracion, que son casi las mismas en todos los idiomas. El segundo, la "trinidad" de los dialectos en la lengua primitiva; trinidad que corresponde á las tres razas de la especie humana. En cuanto al cardenal, ha demostrado que no hay más que tres razas de un tronco comun, así como hay más que tres lenguas ó dialectos principales de una lengua primitiva; la lengua y la raza jafética; la lengua y la raza semítica; la lengua y la raza de Cham. Así la unidad de especie humana y la trinidad de razas, establecidas por todos los monumentos de la historia, se encuentran tambien apoyadas con la autoridad del filólogo más extraordinario que se ha conocido.

El testimonio del cardenal es tanto más imponente, cuanto que su ciencia lingüística no se limita á un conocimiento super-

ficial. Entre los idiomas que posee, no hay uno del cual deje de conocer los términos vulgares, las dicciones, los adagios y toda esa difícil nomenclatura que constituye la parte popular de una lengua. Un día preguntaba á uno de nuestros amigos de qué provincia de Francia era.—De la Borgoña.—¡Ah! tenéis dos dialectos borgoñeses, ¿cuál de ellos habláis?—Conozco el dialecto de la baja Borgoña.—Y el cardenal se puso á hablarle el dialecto de la baja Borgoña con una facilidad que habría causado celos á todos los campesinos de Nuits ó de Beaune. Es también conocida la anécdota referida por Lord Byron. El célebre poeta, que sabia muchas lenguas, se creía un fénix, y al llegar á Bolonia, en donde residia todavía el cardenal Mezzofanti, quiso verle para probarle. Le toca conversacion sobre las lenguas extranjeras, y por fin sobre el inglés, citándole los votos que ha oido en boca de los cargadores, de los ganapanes, de los cocheros, de los arrieros, etc. Cuando acabó, le preguntó el modesto abate: ¿eso es todo?—A ménos que se inventen más, yo no sé de otros.—Estais errado, milord; y le dió á conocer mil «curiosidades», desconocidas en el rico diccionario de John Bull. Ved ahora de qué modo refirió Lord Byron el hecho: «No me acuerdo de uno solo de nuestros literatos extranjeros á quienes haya yo deseado ver, ménos Mezzofanti, que es un prodigio de lenguaje, Briarea de las partes de oracion, polígloto ambulante, que debia haber vivido en tiempo de la torre de Babel, como intérprete universal; verdadera maravilla y sin pretenciones! Le he examinado sobre todas las lenguas, de las que sabia yo algun juramento propio de postillones, de hombres salvajes, de vagos, de marineros, de pilotos, de gondoleros, de arrieros, de conductores de camellos, de cocheros, de administradores de hoteles,

y de caballos de posta y de gentes por el estilo, y ¡pardiez! me ha confundido en mi propio idioma! 1.

Al salir percibi, ó mas bien me acordé de que estábamos en pleno carnaval. La plaza del Pueblo estaba cubierta de carruajes que entraban al Corso para dejar y recibir «confetti.» Conviene saber que el carnaval arroja al pueblo romano en la ebriedad de la dicha. ¿Creeríase que para conseguir mi bayoco, un pobre me deseó «un buen» carnaval? «padrone buen carnavales?» ¿Qué decis de esto? En Francia desear una cosa semejante á un sacerdote conocido por tal, como yo lo era de mi romano, ¿no seria una burla y casi una injuria? En Roma no es así; otros son los lugares, otras son las costumbres; más tarde diré una palabra sobre esto.

Siguiendo mi itinerario, habíamos dado vuelta á Roma. Habíamos salido del hospital del Espíritu Santo y ya nos encontrábamos de nuevo delante de aquel primer asilo en donde la caridad espera al hombre que entra en la vida. Mas allá del Vaticano nos llamaba el Janículo para enseñarnos sus maravillas. Pasando cerca de San Pedro «in Montorio», llegamos por la tarde al «conservatorio Pio.» Dos Pontífices, San Pio V y Pio VI, de inmortal memoria, fueron los padres y los bienhechores de esta casa; ¿podia tener un nombre más glorioso? El establecimiento, situado en un lugar encantador, tuvo en otro tiempo una reputacion merecida por su fábrica de telas, de servilletas y de manteles; los trastornos del último siglo han destruido esta industria. Las jóvenes huérfanas no tienen más que los trabajos de aguja que se procuran las mismas alumnas; á éstos se agrega la ropa blanca y el lavado del Colegio de la Propaganda. Las podeis conocer por su traje compuesto de un vestido café, de un chal negro á

1 T. V. p. 446.

la espalda y de un velo en la cabeza. Como en los otros asilos, les está permitido ver á sus padres, pero nunca ir á comer con ellos. El cardenal camarlengo es protector nato de la institucion; de él dependen las admisiones. No se despide á nadie; pero la muerte, el matrimonio y el claustro, dejan á menudo muchos vacíos. La priora y las maestras se eligen entre las antiguas pensionistas y esto da á la casa el aire, el tono y el espíritu de una verdadera familia.

En la misma colina está el conservatorio de «Santa María del Refugio.» Se remonta á 1703 y debe su origen al piadoso oratoriano Alejandro Bussi, el padre de los pobres y amigo de los papas Clemente IX y Benedicto XIII. Este conservatorio, establecido sobre bases más amplias que los otros asilos, recibe á mujeres de trece á veintitres años, huérfanas y privadas de mantenimiento. La costumbre general de admitir alumnas más jóvenes es ciertamente muy laudable; pero es muy mas útil también que haya un lugar como el que visitamos en este momento, para salvar de todo peligro á mujeres de más edad. Se cuentan allí cerca de cincuenta pensionistas educadas en la piedad, en el trabajo y en el hábito de las ocupaciones domésticas. Ellas mismas compran su uniforme negro con el salario de sus trabajos de ropa blanca, bordados y ornamentos sagrados.

Ya declinaba el sol cuando bajamos del Janículo. El día habia estado bueno; habíamos hecho una rica cosecha, y un cambio continuo de observaciones ocupó el largo trayecto que teníamos que recorrer hasta la calle de los «Nacelli.» En todos los puntos de la ciudad habíamos visto á la caridad romana dispuesta á tomar y á ocultar en su seno maternal á la niña desamparada y á la inocente huérfana. Inteligente en su ternura, proporciona la edu-

cacion á la posicion futura de sus pupilas; nada de lujo en la instruccion, nada de delicadeza en las costumbres, nada de más en los vestidos; la educacion es á la letra el aprendizaje de la vida. Pero lo que nos habia sorprendido sobre todo, es el cuidado en asegurar el porvenir de la joven huérfana. Roma no deja las cosas que hace á la mitad; mientras que en otras partes la adopcion es solo temporal, aquí es perpétua. La niña á quien le conviene, puede vivir y morir en el asilo que acogió su infancia. Si su gusto la llama á otra parte, no se la deja pasar del umbral del conservatorio hasta el momento en que su suerte queda asegurada, ya por el matrimonio, ya por la profesion religiosa. Así se previenen los terribles peligros preparados á la niña pobre, en donde quiera que es desconocida esta sabia conducta; ¿qué sucede, en efecto, frecuentemente entre nosotros? A la edad de diez y ocho años, se despide del hospicio á la niña huérfana ó abandonada. Sola, sin apoyo, sin experiencia, entra como criada á la primera casa que le abre las puertas. A poco andar será perdida, llegará á ser un escándalo público y tendrá tal vez sus manos homicidas en la sangre de la inocencia, ó abandonará los hijos á la caridad pública, mientras ella misma irá á poblar las prisiones ó á morir en un hospicio. De este modo, bajo el aspecto moral y aún bajo el aspecto económico, la adopcion perpétua es incontestablemente preferible.

En fin, lo que es digno de toda la atencion de los economistas verdaderamente dignos de este nombre, es la dote tan generosamente concedida en todos los conservatorios á la novia ó á la futura religiosa. Hay en esto, á lo que me parece, un profundo conocimiento del corazón humano, una voluntad bien encaminada á asegurar el pleno buen éxito de la primera educacion y una poderosa ga-

rantía para las buenas costumbres; este es el carácter propio de la caridad romana. En ninguna parte se muestra más generosa que en la creación de las dotes para las niñas pobres que quieren casarse ó entrar en religion. Me sería casi imposible hacer una enumeracion exacta de todas las dotes que se distribuyen cada año en esa Roma maternal, tan previsora y por eso tan poco conocida. Fuera de las que han constituido familias ricas, sería necesario contar los dones matrimoniales de los monasterios, de los cabildos, de las congregaciones, de las numerosas cofradías; baste decir que casi todas las obras de religion y de caridad, tienen que satisfacer piadosos legados destinados á este objeto. Todo, hasta las loterías, suministran socorros dotales.

Cada sorteo de Roma debe dar 500 dotes de 30 escudos á otras tantas jóvenes Romanas indigentes, cuyos nombres se encuentran inscritos en cinco números que salen. Los sorteos que se hacen en las otras ciudades están sometidos á la misma obligacion. Además, el senador de Roma distribuye cada mes tres dotes á tres niñas de los miembros de la milicia urbana. Pio VII ha criado muchas para las hijas y nietas de los desgraciados naufragos perdidos en las costas del Adriático. En una palabra, Roma distribuye cada año mil doscientas dotes, y como el número de matrimonios es de mil cuatrocientos, casi todas las niñas pueden aprovecharse de ellas: 32,000 escudos están destinados á esta obra. 1

El beneficio se extiende no solo á las alumnas en los conservatorios, sino tambien á las que habitan en el seno de sus familias. Aquí se manifiesta con nuevo brillo el lado moral de la dote. La célebre Cofradía de la «Anunciacion,» que

Morich., p. 20.

distribuye cada año cuatrocientas dotes, exige en la niña, para dotarla, que sea pobre, de buena reputacion, Romana, nacida de legitimo matrimonio y que no habite con personas sospechosas. Las huérfanas son preferidas á todas las demas; y si son extranjeras, se las considera por este solo hecho de su abandono como si fueran Romanas. A fin de obligar á los padres á velar eficazmente por sus hijas, alejándolas de toda propension sospechosa, la cofradía excluye á aquellas que viven en los hoteles ó que van á trabajar en las vendimias, en el corte de madera ó en las cosechas, á las hospederas, taberneras, lavaderas y vendedoras de semillas. Desde la edad de quince años, pueden, las que no están excluidas, depositar en manos de la archicofradía sus certificaciones. Los visitantes, elegidos entre los hombres más maduros y más probos de la sociedad, van á asegurarse en la casa misma, de la pobreza de las niñas y de su conducta. Después de tres años de vigilancia y de prueba, obtienen su dote. Esta especie de patronato, que se ejerce durante los tres años más peligrosos de la vida de las jóvenes que solicitan dotes, y que son tan numerosas en la ciudad, debe influir muy ventajosamente en la moral pública.

El día de la Anunciacion se les entregan los diplomas dotales, y debo decir que se siente uno feliz con estar en Roma ese día. En la mañana se traslada el Santo Padre á la Iglesia de la Minerva; allí tiene capilla papal, es decir, que asiste á ella rodeado del Sacro Colegio, á la misa que se celebra por uno de los cardenales. La vasta iglesia está llena de gente; en los lugares de honor están todas las niñas vestidas de blanco. Después de la misa, el Santo Padre se deja besar los piés por algunas de aquellas felices niñas. Ellas representan á aquellas de sus compañeras, que como ellas, se destinan á una vida re-

ligiosa. El mismo día hacen todas una procesion solemne; luego se separan, unas para entrar al mundo y otras para retraerse á la sombra de un claustro; muchas lágrimas corren de los ojos de las niñas, de sus padres y de los espectadores. Además, hay separacion, pero no aislamiento. Aquellas dos jóvenes generaciones, reunidas un instante en el camino de la vida, seguirán prestándose mútuo apoyo; la una orará en la montaña, mientras la otra combatirá en la llanura, hasta el día solemne en que, reunidas de nuevo ante el Dios de la eternidad, recibirán la misma corona alcanzada en combates diferentes.

4 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos.—Hospital de San Salvador.—De Santiago.—De San Galicano.

En los días precedentes habíamos seguido á la caridad romana en los umbrales de la vida. Ya nos es conocido lo que hace para salvar de la muerte al niño recién nacido, ó para proteger al huérfano contra la cruel miseria, y á la huérfana contra la miseria y la seduccion. Volviendo á tomar hoy nuestro itinerario, llegamos muy pronto á una nueva estacion. Apenas ha entrado el hombre en su peregrinacion, cuando el dolor físico, la enfermedad, bajo todas sus formas, le espera y le toca, como el cruel buitres ase su presa para desgarrarla y hacerla espirar viva. A fin de sustraerle á sus funestos ataques, devolviéndole la salud, Roma le ha preparado diez y nueve hospitales en donde le esperan socorros de todo género. Dos están destinados especialmente á las enfermedades «medicales:» el «Espíritu Santo» para los hombres, «San Salvador» para las mujeres. Aquí se manifiesta el carác-

ter verdaderamente católico de la caridad romana.

Os sentís atacado repentinamente por fiebre tan comun en Italia á fines del estío, sois extranjero, sois pobre, pues esto no importa, presentaos al hospital del Espíritu Santo. Quien quiera que seais, cualesquiera que sean vuestra edad, vuestra patria, vuestra condicion, vuestra religion, la puerta se abrirá al punto delante de vos. No se os pedirá pasaporte, ni certificado, ni profesion de fe, ni recomendacion alguna; estais enfermo y este título os basta para todo; la caridad os recibe con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Hay más; si solo os sentís enfermo, sin tener de ello certidumbre, tocad; sereis acogido con afecto. Por temor de comunicaros enfermedad que no teneis tal vez, sereis colocado en una sala particular de observacion. Os visitará el médico y se os prodigarán exquisitos cuidados hasta que, cambiándose la duda en certidumbre, debais entrar definitivamente al hospicio ó podais volver con confianza á vuestros negocios.

Como ya habíamos visitado el hospital del Espíritu Santo, nos fuimos directamente á «San Salvador.» Atravesando por la vigésima vez el Capitolio, el Forum y el Coliseo, llegamos al hospital situado no lejos de aquellos lugares tan tristemente célebres por las crueldades de la antigua Roma. Está, como hemos dicho, destinado exclusivamente á las mujeres; allí son admitidas, segun la generosa costumbre de la caridad romana, sin distincion de edades, condicion, patria y religion, una vez que están atacadas de enfermedades agudas ó crónicas. El establecimiento cuenta cuatro grandes salas, que pueden recibir juntamente quinientas noventa y ocho enfermas. Una limpieza exquisita forma el ornamento de aquel vasto hospital. Confieso que quedamos encantados de encontrar aquí esa cualidad eminente y tan útil